

LA FUGA DE LAS ESTATUAS.

Por Federico Villoch
D.M. nov, 17/940.

NUESTRA antigua Habana no se distinguía, ciertamente, por el número, la variedad y el valor artístico de sus estatuas; pero contaba con algunas de relativa importancia, bien situadas en puntos estratégicos de la ciudad, que llamaban la atención del transeunte y de los viajeros que nos visitaban: la mayor parte de ellas, como obedeciendo a una fuga misteriosa concertada, ha desaparecido, conservándose en algunos sitios intactos los pedestales sobre los que durante largos años se asentaron; bien así como el crimen, que deja siempre huellas de su paso.

¿Qué se hizo el Rey Don Juan?

Los Infantes de Aragón,

¿Qué se hicieron?

Aquella Hebe, copia de la estatua del mismo nombre, del gran Cánova, que se hallaba en el parquecito de Albear—le preguntamos a un orador político que goza fama de letrado, y tiene la obligación de serlo, según la rica biblioteca que posee en su confortable palacete—¿a dónde fué a parar?

Y el dirigente de las multitudes, no sin cierto tono de herido patriotismo, nos contestó altanero:

—Usted comprenderá que no íbamos a conservar una estatua del reaccionario Cánovas del Castillo...

No tienen de qué asombrarse nuestros amigos lectores: ya otro correligionario de este propio señor, en plena Asamblea X, convirtió a Chopin en violinista; otro, su compañero, peroró indignado contra el imperialismo europeo, comentando «la entrada de los españoles en Tangér»—así, con marcado acento sobre é—y un cuarto, de la misma cosecha, y en el propio lugar, público y concurrido, le obligó a Galileo a tomar la ciuita.

Después de esto, se explica uno perfectamente «la fuga de las estatuas»; dá con la razón de nuestro manifiesto desvío y desamor por ese primordial elemento del ornato público; de nuestra inconcebible ingratitud, indiferencia y olvido de aquellas nuestras glorias nacionales, dignas de eternizarse en mármoles y bronce. ¿Por qué no tiene, siquiera, un modesto busto Cirilo Villaverde, en esa Plazoleta del Ángel que él hizo célebre con su inmortal novela «Cecilia Valdés»? ¿En qué centro docente, en qué sitio de la ciudad se levanta una estatua, un busto de nuestro gran Heredia, de nuestra incomparable Gertrudis Gómez de Avellaneda, de Narciso López? ¿Matanzas no ha podido honrar con una estatua el recuerdo de aquel Plácido que le ofendió su vida y sus amores? Cuando más, después de los esfuerzos por Maceo y Máximo Gómez, y el alarde popular de José Miguel nos hemos contentado con erigir en algunos sitios, a veces en verdaderos lugares yermos, unas que otras de esas diminutas cabecitas de bronce como cubiertas de moho, sin arte ni parecido, que más bien semejan ridículos y vulgares boliches de jardinerías...

Las estatuas llegan con el tiempo a formar parte del sitio en que se levantan; así que, cuando por cualquier motivo, desaparecen de aquel lugar, éste se achica, se tuerce, cambia de fisonomía por completo; y es una falta, un detalle, una preocupación que molesta y pincha al ciudadano amante de su pueblo. Lo propio acontece con el mueble, el armario, el escritorio, que desde niño estamos acostumbrados a ver en sitios especiales de nuestro hogar doméstico; cuando un día es desplazado de aquél, dírase que la costumbre, el hábito de la vista sufre un golpe contundente que la perturba y desorienta. Cierta patriota veterana del 68, amigo nuestro, tenía la costumbre de ir todas las tardes a meditar y recordar su epopeya, al lado de un busto de Gonzalo de Quesada que por largo tiempo se levantó frente al DIARIO DE LA MARINA. Una mañana desapareció el busto; y el patriota estuvo a punto de enfermarse de melancolía. Pasados unos meses, lo tropezamos de nuevo; y nos dijo radiante de dicha: —¡Lo encontré! ¡lo encontré! —y ante nuestro desconcierto, agregó para explicarse: —¡El busto de Gonzalo! ¡Lo encontré en el Parque de Villalón! ¡Lo encontré al fin!... Y su rostro se encendía de felicidad, como iluminado por las gloriosas llamaradas de Bayamo...

Recordamos cuando, con razón justificada, se echó abajo aquí en la Habana la estatua de Isabel II de Borbón, que en tanto no se erigió en el propio sitio una de la Libertad, muy poco artística por cierto, y pintada de color de chocolate, que la asemejaba a un anuncio de la fábrica de Mestre y Martinica—que ya no existe—parecía que el Farque Central esperaba algo. Después, y por suscripción popular, se erigió la estatua de Martí, debida al cincel del escultor cubano Villata Saavedra, quien se dijo no había cobrado por ella más que «cuatro mil pesos».

La reina de los tristes destinos como llamara Olózaga a Isabel II, también tuvo aquí en la Habana otro, de los más tristes por cierto; yendo a parar a uno de los infectos barracones de los Fosos Municipales, que con el Necrocomio y varios depósitos de basuras, escombros y trastos viejos, estuvo instalado durante el tiempo de la Colonia en lo que es hoy la pintoresca Avenida de las Misiones, una de las bellas reformas capitalinas que nos dejara el nunca olvidado Secretario de Obras Públicas, Carlos Miguel de Céspedes. Allí permaneció la marmórea señora—de mármol había de tener el alma, quien autorizó y resistió impávida, el fusilamiento de aquellos 77 sargentos complicados en una de las tantas insurrecciones, que se sucedieron en su reinado—creemos que fué la del 22 de junio de 1896—allí permaneció, decíamos, arrojada entre el polvo y las inmundicias de los gatos y perros callejeros, la regia estatua que tanto tiempo había presidido desde lo alto de su pedestal, las retretas, las fiestas y los

2

paseos de nuestro Parque Central. Ya la Habana capital de la República, llegó a ella una comisión de prestigiosos militares españoles, designada por su gobierno para recoger las propiedades que el Tratado de París le había cedido a España, haciéndose cargo de la estatua, y conduciéndola a la Madre Patria entre viejos descoloridos expedientes, cañones antiguos, herrumbrosos rémingtons y escopetas, sables mellados, y, en fin, toda la chatarra del extinguido régimen colonial en Cuba.

Don Manuel López Santaella, un acudalado financiero español de la época isabelina, mandó a fundir en Madrid, y pagó de su peculio particular, un busto en bronce que regaló en su onomástico a la Reina Isabel, el año 1851, el cual fué colocado, en homenaje a aquella soberana, en la Plaza de las Cortes. Tenidos en cuenta ciertos detalles, imaginarios o «reales», de la vida íntima de la Reina, un ingenio de la corte escribió la siguiente intencionada quintilla, que una mañana apareció impresa en un pasquín, en el pedestal de dicho busto:

Santaella, de Isabel
 sufragó la imagen bella;
 y del vulgo el eco fiel.
 dice que no es santo él,
 ni tampoco santa ella.

Este busto también siguió el propio triste destino de su inspiradora, y después de varios emplazamientos, hoy aquí, mañana allí, vestíbulo del Teatro Real, Plaza del Ayuntamiento, acabó por ser derribado el 14 de abril de 1931, en el ardor popular, cuando la proclamación de la segunda república española.

Como si contemplásemos nuestra Habana desde lo alto, y en un rápido vuelo de aeroplano, vamos a recordar algunas de nuestras viejas estatuas y sus distintos emplazamientos. Allí vemos la fuente de Neptuno que conocimos primero en el «Parque de la Funta», luego en Prado, casi frente a Refugio; después pasó al Parque de Trillo y ahora se halla en el

de Villalón, frente al Auditorio. La parte de la Capitanía del Puerto, que se conocía con el nombre de «Pila de Neptuno», no sabemos si tuvo el propio destino ambulatorio. Y sigue la fuga de las estatuas. La de Don José de la Luz Caballero, que estuvo emplazada en el «Parque de la Funta», fué trasladada después a la «Avenida del Puerto». En el «Parque de Isabel la Católica», en el sitio frente al Capitolio, había dos fuentes: una la componía un angelote que tenía agarrado un pájaro que echaba agua por el pico; la otra era una reproducción, muy artística por cierto, en pequeño, de la Venus de Calipige, de Nápoles. Ambas fugitivas estatuas han desaparecido. En el Parque Central, en cada ángulo, había un león de bronce, dormido, sobre una gran base cuadrada de granito negro, pulimentada. También se fugaron. Acaso los tenga Blacamán. Recordamos las famosas Cariátides del DIARIO DE LA MARINA, que a más de su mérito artístico, se hicieron célebres por la persecución que intentó ejercer sobre ellas un popular teniente de policía, que era también abogado y per-

sona muy estimable. Desde nuestro aeroplano distinguimos una profusión de estatuas que tiene el Centro Gallego en la fachada, y otra de «lámparas» que ostenta el Centro Asturiano en la suya. Cuéntase que un gallego criticaba a un asturiano por este gran número de lámparas; y el astur le contestó: —Son para alumbrar los santinos que tienen ustedes los gallegos en el Centro...

Vemos el busto de Miguel de Cervantes, en el Parque de San Juan de Dios, lejos del mundanal ruido y en un ambiente bien poco propicio de vagos, choferes y negociantes. Esculapio estaba, no sabemos si lo está aún, al final de Carlos III, camino de la Necrópolis, lo que resulta una alusión poco delicada para nuestro acreditado mundo médico. Los bustos de Machado, que fueron derribados, eran innumerables. Recientemente

vimos uno de ellos en un rastro que hay en la falda de Atarés. Dícese, aunque no nos consta, que en el pedestal que se conserva con el busto, una mano anónima ha escrito, con vigorosos caracteres a lápiz, unos versos que dicen:

De tiranía y cediola,
 me acusaste, pueblo amado;
 más yo espero resignado,
 que el siglo me haga justicia.

No sabemos qué se ha hecho de un busto del rey de los zapateros, Carneado, que este propio industrial levantó a la entrada de su célebre Palacio del Vedado. Debíó conservarse, siquiera como una nota original de las tantas que ofreció al público aquel hombre populachero y simpático, que según voz popular, dejó una sucesión más numerosa que la del Rey Salomón. El dicho busto, que él aprovechaba de paso como un anuncio de su negocio, tenía la originalidad de aparecer «metido en un zapato». También en una rinconada de una de nuestras farmacias más populares y conocidas, al terminarse la fabricación de su nuevo edificio, se levantó, en uno de los ángulos que daba para la calle de Compostela, y sobre su correspondiente pedestal, el busto en mármol del propietario de aquélla; el cual nos parece recordar mandó a que desapareciese la Secretaría de Obras Públicas, fundándose en que nadie tiene autoridad para erigirse en vida estatuas a sí mismo en la vía pública... ¿Y la del Presidente Zayas?

En el período presidencial del doctor Alfredo Zayas, 1920 a 1924, estuvo en peligro de ser desplazada, y de mala manera, la estatua del Rey Carlos III, que se levanta al comienzo del paseo de su nombre, con motivo de unas reformas que se dijo se iban a llevar a cabo en el mismo. El doctor Zayas, miembro prominente, como todos sus antepasados, de la Sociedad Económica Amigos del País, fundada en tiempos de aquel rey progresista, y favorecida por muchas leyes y decretos

del mismo, no pudo olvidar lo que Cuba, y la misma Fenínsula, habían adelantado en el ramo de la enseñanza pública, durante aquel período; y en carta elocuente que publicaron nuestros principales periódicos se opuso—decía él, como cubano, no como Presidente—al desplazamiento de la estatua de aquel Rey. Durante su reinado, se decretó la expulsión de España y

ONIO
 NTAL

20

3

sus dominios de la compañía de Jesús, aunque dijo, y se demostró, que esta medida había obedecido principalmente a las gestiones del Ministro Consejero del Rey, el célebre Conde de Aranda. Pasaron los años; el real decreto de Carlos III—27 de febrero de 1767—fué revocado. Volvió a España la Compañía de Jesús; y hoy, en el último tramo de la Calzada de la Reina, que enlaza con el paseo de Carlos III, se levanta, honra y orgullo de nuestra Habana, el grandioso templo del Sagrado Corazón de Jesús, de aquella compañía, frente por frente a la estatua del soberano su despiadado perseguidor, como diciéndole arrogante:

**Les muertos que vous matais
gozan de buena salud.**

En nuestro vuelo por los alrededores de la ciudad vemos allá abajo, próximo a la Ermita de los Catalanes, el sitio en que se proyecta levantar el monumento a Martí. Si nuestra humilde opinión pudiese valer algo, sería nuestro gusto que el valioso monumento que se intenta erigirle al amado Apóstol, en ese bastante lejano suburbio de la ciudad—un pesimista diría que se trata de alejarlo—lo fuera, en el mismo Parque Central, y en el propio sitio donde su modesta estatua se halla al presente. Por largos años seguirá siendo ese el verdadero centro de la Habana—el «corazón», de ella como se dice—y es allí donde por mucho tiempo aun se continuarán celebrando nuestras fiestas patrióticas. Conocida la negligencia del criollo, la del capitalino, sobre todo; y su pereza sui-generis para rendir a pie largas distancias, es de temerse que el ansiado, discutido y aplazado monumento, al cabo, se vaya quedando solo, cada vez más solo, con los años...

Volvemos sobre la Habana; y en un último vuelo, pasamos casi rozando los muros del Malecón, en busca de un aterrizaje allí próximo. Aterrizamos, es decir, volvemos a la realidad, frente al monumento del Maine. Al pie de él, inmóvil ante el paisaje marítimo, vese una figura, un hombre flaco, tocado de una gorra de oficial de marina. Pensamos si será otra estatua fugitiva, la de algún Méndez Núñez criollo, que también ha abandonado aquella madrugada su desconocido emplazamiento. Pero, no; la estatua gira sobre su base, y vemos que se trata del eterno guardián del Monumento, el en un tiempo popular actor vernáculo Arturo Feliú, «el que salvó a unos náufragos del Maine». Cuantas veces contemplamos este Monumento—herido por el rayo, y olvidado por la ingratitud—vienen a nuestra memoria, y sería bien conocerlos y repetírselos los buenos criollos, los versos de un íntimo amigo de la nuestra juventud que dicen:
**El buril de la Gloria grabó un nombre
en la enhiesta columna de granito;
estalló el rayo, convirtiéndose en ruinas;
mas el nombre en las piedras quedó es-**
(crito.

**Así el amor tu idolatrado nombre
grabó en mi alma con profundos trazos;
vino el dolor, despedazóme el pecho,
Pero aun queda tu nombre en sus pedazos.**



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

M. N. 1740